



Jesús Prieto

Antropólogo y Profesor
colaborador de la
Universidad de Deusto

En memoria del ertzaina Jorge Díez Elorza Nuestro amigo

Primo Levi denunció con certera claridad el peligroso revisionismo que se permitía subrayar ciertas bondades del régimen nacionalsocialista del III Reich. Quienes afirman, recuerda el autor, que Hitler proporcionaba trabajo, estudios y cultura a los alemanes, quienes reivindicaban que suyos son logros tales como la seguridad social o el coche utilitario para la clase trabajadora, contribuyen a destacar acciones positivas del totalitarismo y minimizan, no nos engañemos, los horrores del Holocausto.

EN ESTA TIERRA TAMBIÉN,

durante más de tres décadas, ha imperado la justificación del horror. La sociedad vasca, salvo excepciones, ha dimitido de su función educadora y claudicado, por miedo o aquiescencia, ante el terror totalitario. No nos hemos sublevado a tiempo contra la construcción de una mitología de la violencia que ha conseguido crear una única identidad permitida y sobre todo, que ha marcado en amplios sectores de nuestra sociedad una tendencia ideológica evidente.

Esta perversión, prolongada en el tiempo durante muchos años, ha generado entre nosotros no solamente una violencia directa y una sensación de miedo generalizado que ha neutralizado la libre expresión y atenazado conciencias, sino que ha jugado de forma poderosísima con un tipo de violencia extremadamente sibilina, una de las formas más crueles e ignominiosa de agresión, como es el estigma. La estigmatización de las víctimas del terrorismo de ETA (no ha ocurrido así con las víctimas, evidentemente también víctimas de una violencia execrable y repudiable, del bloque opuesto) ha permitido que los victimarios tuvieran mayor apoyo social que las víctimas. Nosotros mismos percibimos, no sin dolor, como son aplaudidos y jaleados quienes asesinaron a Fernando Buesa y a nuestro amigo Jorge. Todavía hoy en numerosos lugares, unos, los asesinos, pueden hacer ostentación de sus marcadores étnicos, de su mitología y simbología en rituales públicos; los otros, los asesinados, no pueden sino mostrar sus adhesiones en privado o en situaciones de semi-clandestinidad. Todavía hoy, a pesar de la evi-

dente distensión imperante, podemos comprobar durante el periodo festivo en nuestros pueblos y ciudades que presencia tiene la simbología de los victimarios, auténtico poder fáctico, y por el contrario que presencia pública tienen las víctimas en los espacios festivos.

Josu Elseppe, hijo de un concejal guipuzcoano asesinado por ETA, recuerda con tristeza el profundo calado de estos discursos, es decir la impresionante fuerza del estigma. Su narración me parece pertinente a la hora de explicar el daño causado por estas violencias enraizadas en la sociedad vasca. "Sirva como ejemplo la actuación de los parlamentarios vascos cuando se cerró el Diario Egunkaria. Una gran mayoría de parlamentarios aparecieron en sus asientos leyendo ese periódico en solidaridad con los trabajadores. Pero no nos engañemos, no hicieron lo mismo con el Diario Vasco cuando mataron a Oleaga o con El Mundo cuando asesinaron a López de Lacalle. Les afectó más, se sintieron más cercanos con el cierre de un periódico que con el asesinato de dos personas".

La familia de Jorge Díez Elorza, junto con la familia de Fernando Buesa, junto con todas y cada una de las víctimas del terrorismo, no desea ver olvidadas sus pretensiones de justicia en aras de un determinado contexto político o por la conveniencia de no molestar a los grupos sociales que sustentan ideológicamente al poder. No desean venganza, no quieren vivir eternamente bajo la etiqueta de víctimas, aceptarían en las calles a quien les pidiera sinceramente perdón, no se opondrían a beneficios penitenciarios para quienes han demostrado arrepentirse de sus crí-



menes... pero su herida es imposible de cerrar observando el comportamiento falto de humanidad, chulesco y arrogante de numerosos asesinos en los tribunales de justicia.

Durante los años 1995 y 1996 los miembros de Gesto por la Paz se concentraban en la Plaza de Correos de Vitoria. Enfrente la llamada contramanifestación organizada por quienes hicieron de la "socialización del sufrimiento" su arma más terrible, Jorge y sus compañeros de la ertzantza lo sintieron en sus carnes. Los insultos, las proclamas insultantes, las amenazas se prolongaban durante treinta inacabables minutos (Aldaia paga y calla; en estas navidades turrónes de la viuda; españoles hijos de puta; violencia la vuestra asquerosos; así, así, así hasta Madrid; lazo azul, pim, pam, pum; alde hemendik; cipaios asquerosos; hoy vosotros de negro mañana vuestra viuda...), también se lanzaban desde las filas abertzales ultras todo tipo de objetos. En octubre, melancolía otoñal, comenzaba la lluvia de castañas (también alguna piedra). Aquellas caras inyectadas de odio, disparaban contra los pacifistas sus castañazos con saña e intención de hacer daño. ¡Cómo se reían cuando el proyectil impactaba en un rostro, en un ojo, en unas gafas! Todavía hoy muchos recordamos sus burlas, sus mofas y sus risas.

Aquellos lanzadores de odio ahora están contentos, se les ve felices han cambiado su cara de rencor por otra que alberga mayores esperanzas de éxito en las urnas y en la ocupación de las calles pidiendo la amnistía (que rápido han olvidado que en 1977 todos los presos de ETA salieron a la calle) para quienes son, según su perversión del lenguaje, presos políticos.

El síndrome de Estocolmo planea sobre nuestras cabezas. Incluso alguna viuda lo ha reconocido ya: "lo de mi marido fue cosa del conflicto". Nosotros, los amigos de Jorge Díez Elorza no sufrimos el mencionado síndrome. Sabemos con certeza quienes fueron los asesinos de nuestro amigo y conocemos aún mejor el dolor producido por su crimen. Por eso lo tenemos tan claro. Ofrecemos nuestra mano a quien la estreche de forma solidaria, no podemos ofrecerla a quien tan sólo ha demostrado saber escupir en ella.